

**OJEDA REVAH, Mario, *México y la guerra civil española*, Madrid, Turner, 2005, 340 pp., ISBN 84-7506-698-4**

El libro de Ojeda Revah, hijo de un reconocido economista y antiguo presidente de El Colegio de México, es una versión de su tesis de doctorado en Londres presentada a comienzos de esta década. Formado con reconocidos hispanistas británicos como Gerald Howson, Paul Preston o Michael Alpert, la monografía de Ojeda resulta una breve síntesis sobre la relación entre el México de Cárdenas y la España republicana durante la guerra civil. Una tercera parte del libro, redactada para lectores no especializados o, incluso, europeos, recorre con gruesas pinceladas las relaciones hispano-mexicanas entre la consumación de la independencia de México en 1821 y la Segunda República española.

El núcleo central del libro pretende ser un recorrido por los principales aspectos de la ayuda mexicana a los gobiernos del Frente Popular español. Se detiene especialmente en un recuento de la limitada ayuda militar mexicana sin aportar nuevas evidencias documentales pese a que, desde hace años, resultan disponibles los archivos de la Embajada Española, el fondo Gordón Ordás o el archivo Prieto. El autor, al igual que hace veinticinco años hizo Thomas Powell, si consulta los fondos de archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

México suministró parte de sus anticuadas reservas armamentistas (por un valor de unos dos millones de dólares) y exportó suministros alimentarios (sobre todo garbanzos) compensando, de esta manera, la extravagante venta a crédito de unos buques de guerra (acor-

dada por Julio Álvarez del Vayo, Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles en febrero de 1933) y la práctica condonación de las reclamaciones de ciudadanos españoles y de sus descendientes mexicanos a causa de las violencias de la revolución mexicana, que habían ascendido a unos sesenta millones de pesos (aunque un acuerdo confidencial de Vayo los había reducido a cuatro millones).

La solidaridad cardenista con los gobiernos de la República en guerra se manifestó en la Sociedad de Naciones y en un apoyo diplomático, representando los intereses españoles en diversos países y dando cobertura para la adquisición de armamento en países como Bolivia o Polonia. La culminación de este apoyo, cuya principal motivación fue la identificación ideológica, fue la protección de los refugiados españoles en Francia durante la segunda guerra mundial y la recepción de más de veinte mil de éstos en México.

Es lástima que Ojeda no haya podido actualizar su tesis durante estos últimos años, incorporando las aportaciones de investigadores mexicanos o españoles, entre los que cabe destacar a Clara E. Lida y José Antonio Matesanz. Respecto al libro de Matesanz, titulado *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española*, aparecido en México en 1999, Ojeda se despacha diciendo que no se detiene en aspectos concretos de la posición mexicana ante la guerra civil española sino en el exilio cuando, en realidad, el centro del análisis es la posición de la sociedad y la política mexicana ante la contienda española.

Quizá lo más sugerente de *México y la guerra civil española* sea el

análisis de la influencia de la experiencia española sobre la política mexicana del momento, destacando cómo la victoria de Franco influyó en la moderación del cardenismo. La izquierda nacionalista mexicana vio la República española como un nuevo foco revolucionario cuya suerte determinaría el avance de la causa de la liberación de los pueblos y del México posrevolucionario más que la existencia de una meca en Moscú.

El libro finaliza con un convencional epílogo sobre las relaciones entre los republicanos españoles y México entre su derrota en 1939 y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la monarquía española en 1977. En suma, se trata de un libro de síntesis, bien escrito y para lectores no especializados, con escasa aportación novedosa en fuentes y poco actualizado bibliográficamente pese a tratarse en origen de una tesis doctoral.

**Abdón Mateos**

**RODRIGO, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España Franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, 407 pp., ISBN 84-8432-632-2**

La violencia franquista contra los vencidos no se limitó a la prisión, las torturas y las ejecuciones, sino que se extendió a la humillación psicológica y la explotación económica de los supervivientes. La retórica del Caudillo, referida a la necesidad de los vencidos de lograr la redención a través del sacrificio, estableció una evidente conexión entre la represión y la acumulación de capital que, de tal modo, hizo posible el *boom* económico de los años sesenta. La destrucción de los sindicatos y la violencia

sobre las clases trabajadoras aseguraron la existencia de unos salarios de hambre que a su vez permitieron a los bancos, la industria y las clases terratenientes registrar espectaculares incrementos en sus beneficios económicos. Y pocas dudas quedan sobre si todo ello se debió a una política intencionada, aprobada por Franco. En lo relativo al tratamiento de los prisioneros de guerra republicanos, resulta meridianamente claro.

En este libro, Javier Rodrigo afronta un tema asombrosamente complejo, determinado en buena medida por la dificultad de encontrar una definición aceptable del concepto "campo de concentración". Los militares rebeldes y, después, el régimen de Franco, emplearon el término de un modo confuso y caótico para referirse a los centros de detención y clasificación habilitados en iglesias, escuelas, conventos, barracones y otros tipos de edificios, muchas veces desperdigados por grandes áreas del territorio; ese fue el caso, por ejemplo, de los "campos" de Laredo, Santoña o el Burgo de Osma. Para aclararlo, este es el primer trabajo que emplea exhaustivamente los documentos de los archivos militares de Ávila y Guadalajara, para buscar las cifras de la población en los campos, el número de muertes acontecidas en ellos, las hospitalizaciones a causa de enfermedades, palizas o torturas, así como los del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, para lo relativo a los extranjeros internados en los campos, y del Archivo General de la Administración, de donde obtiene material sobre el sistema completo de trabajos forzados del Servicio de Regiones Devastadas. Esta documentación, y un lógico acercamiento me-

todo lógico necesariamente institucional del trabajo, son matizados con memorias y entrevistas orales de prisioneros. Este material, si queremos más anecdótico, muestra en cambio de manera gráfica el impacto en la vida cotidiana de las estructuras administrativas puestas en funcionamiento por el régimen de Franco.

*Cautivos* presenta una explicación absolutamente original del fenómeno de los campos y las prisiones provisionales en los que los prisioneros de guerra republicanos fueron agrupados para su clasificación y enjuiciamiento por parte de las victoriosas fuerzas franquistas, durante la guerra civil y la posguerra. Y, asimismo, también analiza el modo en que los prisioneros de guerra fueron utilizados como mano de obra forzosa mediante la creación de Batallones de Trabajadores, en los que se vieron obligados a trabajar aun cuando no habían sido condenados por sentencia alguna. Los soldados capturados, en primer lugar, eran trasladados rápidamente a campos improvisados y, después de un arduo proceso de clasificación, eran fusilados, considerados utilizables en las filas franquistas o, como sería el caso de un enorme número de ellos, mantenidos en espera de la clarificación de sus procesos. Después, cualesquiera fuera la naturaleza de los campos, los prisioneros eran pronto utilizados, en contra de los términos de la Convención de Ginebra, en trabajos militares en la primera línea del frente.

Entre los logros del libro de Javier Rodrigo se encuentra el modo en que esclarece el proceso según el cual las sucesivas victorias militares inundaron de prisioneros el naciente Estado franquista, obligándole rápidamente a crear una maquinaria para ocuparse de ellos. Inevitablemente, y a causa de la escala

del problema, eso se hizo en un modo improvisado y caótico. Y, más significativamente, muestra cómo el sistemático maltrato de los prisioneros de guerra formaba parte de un más amplio proyecto ideológico destinado a aniquilar la cultura política y moral de la España republicana, a reconstruir y reeducar a los prisioneros mediante la violencia física y psicológica. En este sentido, en lo que se refiere a su base documental, no cabe duda que el libro está extraordinariamente bien elaborado, y trabajado con gran rigor académico. Y tampoco me cabe duda que, por la originalidad de su planteamiento, la envergadura de la investigación y su presentación literaria, este libro constituye una contribución sustancial al conocimiento de un hasta ahora poco conocido aspecto de la maquinaria represiva del régimen de Franco.

Tras la guerra civil, el Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo convirtió a miles de prisioneros republicanos en esclavos laborales. Los destacamentos penales suministraron trabajadores forzosos para minas, construcción de líneas férreas o la reconstrucción de las denominadas "regiones devastadas".

Las colonias penitenciarias militarizadas fueron establecidas para realizar proyectos de Obras Públicas de gran duración, como el Canal del Bajo Guadalquivir, excavado a lo largo de 180 kilómetros y durante veinte años. Los batallones disciplinarios de trabajadores y los talleres penitenciarios fabricaron ropas, mobiliario y otros tipos de bienes dentro de las prisiones. Y el mayor símbolo de la explotación de los prisioneros republicanos fue un capricho personal de Franco: la gigantesca basílica y la imponente cruz del mausoleo del Valle

de los Caídos, el monumento a la memoria de los caídos por su causa donde fueron utilizados unos veinte mil presos, muchos murieron y muchos resultaron gravemente heridos. Pero el Valle fue solamente una parte de entre los muchos esfuerzos realizados por perpetuar la memoria de la victoria franquista de forma permanente. Las devastadas ruinas de la ciudad de Belchite se mantuvieron en pie a modo de monumento nacional, construyéndose al lado un Pueblo Nuevo con mano de obra forzosa. El destruido Alcázar de Toledo fue reconstruido como un símbolo del heroísmo de los sublevados durante sus tres meses de asedio. Y en Madrid, a la entrada a la Ciudad Universitaria, el lugar de la salvaje batalla por la capital quedó señalado por un gigantesco Arco de la Victoria. El Valle de los Caídos, de todos modos, los eclipsó a todos.

El coste humano de estos trabajos forzados, las muertes y los sufrimientos de los trabajadores y sus familiares son equiparables solamente a las fortunas obtenidas por las compañías privadas y las empresas públicas que los explotaron. El sino de todos esos prisioneros está recibiendo, en los últimos tiempos, una considerable atención. Nuestro conocimiento se ha enriquecido notablemente gracias al trabajo de Isaías Lafuente, *Esclavos por la patria* (Madrid: Temas de Hoy, 2002), al libro colectivo publicado por Crítica *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*, o al documental producido por Canal Sur, *Los presos del silencio*. La obra de Rodrigo es, pues, una valiosa aportación a la bibliografía sobre esta dimensión menos conocida de los crímenes de Franco.

**Paul Preston**

**COLLADO SEIDEL, Carlos, *España Refugio Nazi*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, 350 pp., ISBN 84-8460-419-5**

En la última década del siglo XX, el final de la guerra fría y la reunificación de Alemania revitalizaron el interés por una faceta del nazismo que, hasta la fecha, había recibido una atención relativamente escasa: el expolio de los bienes económicos y culturales realizado por el Tercer Reich en Alemania y en los territorios ocupados durante la guerra, y la colaboración de los estados neutrales en la dispersión de los bienes expoliados y del conjunto del patrimonio nazi. Una conferencia internacional celebrada en Londres en 1997, *Nazi Gold Conference*, promovió la creación de comisiones nacionales de investigación sobre el paradero del oro saqueado por el Tercer Reich y no hallado o no restituido en la posguerra, así como de otros dos asuntos directamente vinculados: la localización de activos alemanes en países neutrales y la colaboración de estos países al esfuerzo de guerra nazi. Al hilo de dicha iniciativa, muchos estados europeos y americanos crearon comisiones de trabajo con equipos de investigación dirigidos por historiadores, que abordaron la implicación de cada país en estos temas.

Amén de las monografías de Ángel Viñas, hasta mediada la década de noventa del siglo XX no proliferaron los estudios sobre los lazos económicos entre la España de Franco y la Alemania nazi. En 1994 y 1996 vieron la luz, respectivamente, las investigaciones de Rafael García Pérez y Christian Leitz. Dos años después, en 1998, la Comisión Española

de Investigación de las Transacciones de Oro Procedente del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial, creada por el gobierno español a raíz de la conferencia de Londres, hizo público su primer informe, dirigido por Pablo Martín Aceña, en el que participamos como investigadores Elena Martínez y quien escribe estas líneas. También en los años noventa Carlos Collado Seidel comenzó a desgarnar sus investigaciones sobre las relaciones entre España y el Tercer Reich, publicadas en Alemania entre 1991 y 2001, y divulgadas parcialmente en España en artículos y comunicaciones a lo largo de la década.

*España Refugio Nazi* resume buena parte de los trabajos de Collado durante todo este tiempo, e incorpora las recientes investigaciones sobre los vínculos entre los gobiernos de Franco y el nacionalsocialismo durante la Segunda Guerra Mundial, así como sobre las relaciones diplomáticas entre España y los gobiernos aliados en la inmediata posguerra. Se trata de un texto interesante y ameno, bien escrito, que aúna el trabajo sobre primeras fuentes y el conocimiento detallado de la bibliografía publicada, con una clara voluntad divulgadora. Comienza Collado por explicar en qué consistían los programas *safehaven*: el conjunto de acuerdos adoptados por los gobiernos aliados mediada la Segunda Guerra Mundial para impedir que Alemania transfiriera cualquier tipo de activos económicos a los países neutrales, garantizar que la riqueza alemana se empleara en la reconstrucción de Europa y en el pago de reparaciones de guerra, restituir a sus legítimos dueños las propiedades saqueadas por los nazis, impedir la huida de personajes clave de la Alemania nazi a países neutrales y, por encima de todo, evitar que Alemania depositara recursos suficientes en terri-

torio neutral como para iniciar una nueva guerra. Uno de los máximos exponentes de esta política fue la Resolución VI de la Conferencia de Bretton-Woods, que exigía a los estados neutrales un compromiso para impedir la venta o transferencia de bienes pertenecientes a países ocupados por el Eje, entregar a los aliados las propiedades estatales o privadas de los países del Eje y prohibir que dichas propiedades pasaran a terceros. Días antes de que finalizara la contienda —el 5 de mayo de 1945—, ante la presión de los aliados y forzado por su débil posición en el panorama internacional surgido tras la derrota alemana, el gobierno español se solidarizó con la Resolución VI. Fruto de este compromiso, el mismo día 5 de mayo se iniciaron las negociaciones con británicos y americanos para decidir el destino final de los bienes del Estado y de los ciudadanos alemanes, negociaciones que se extendieron al futuro de la colonia alemana en España que rondaba en torno a 10.000 habitantes.

Collado analiza la penetración del Tercer Reich en España a partir de las negociaciones emprendidas entre el gobierno español y los gobiernos aliados después de mayo de 1945. La primera parte del libro está dedicada a las personas: el cuerpo diplomático y consular, las redes de espionaje o los asesores militares, pero también los empresarios, las instituciones educativas o la colonia de periodistas. Y, sobre todo, la pléyade de nazis que trataron de hallar refugio en España desde el momento en que el Reich amenazaba ruina hasta el final de la guerra. La segunda y la tercera parte tratan sobre la penetración económica del Estado alemán y de los ciudadanos alemanes en España, así como de los

acuerdos y desacuerdos habidos entre Franco y los aliados para identificar los bienes alemanes, bloquearlos, determinar su valor, expropiarlos, liquidarlos y decidir el destino del capital obtenido. El gobierno español no colaboró de buen grado con los aliados, sus enemigos del día anterior. Actuó obligado por las circunstancias y vio como una ingerencia las gestiones aliadas. De ahí que enmarañara a los negociadores aliados con todo tipo de trabas burocráticas y tácticas dilatorias, racaneara la información y tratara —a modo de compensación— de obtener réditos económicos del proceso.

Quizá donde más se notó la resistencia fue en el destino de los refugiados nazis: cierto es que muchos fueron entregados a los gobiernos aliados; pero abundaron también quienes permanecieron camuflados o huyeron a otros destinos bajo la permisiva tolerancia de las autoridades españolas. Y es que, como observa Collado en la introducción, «en la España franquista, aún después de terminada la Segunda Guerra Mundial, se mantuvo viva la simpatía por Alemania y el nacionalsocialismo». Por otra parte, cuando la atención aliada sobre los activos alemanes decreció al comenzar la guerra fría, muchos antiguos propietarios recuperaron la titularidad de bienes que les habían sido expropiados, y que con el beneplácito de las autoridades españolas adquirieron sus testaferrros. En cualquier caso, concluye Collado, los programas *safehaven* cumplieron su objetivo. Aunque algunos nazis y sus bienes hallaran en España su destino final, fueron casos aislados: la poderosa organización nacionalsocialista existente en España en 1945 fue definitivamente desmantelada en la posguerra.

**Miguel Martorell Linares**

**GOICOVIC DONOSO, Igor,** *Entre el dolor y la ira. La venganza de Antonio Ramón Ramón. Chile, 1914, Osorno (Chile), Universidad de Los Lagos, 2005, 188 pp., ISBN 956-7533-78-4*

A partir del análisis teórico de la violencia estatal como elemento fundacional de la sociedad chilena, este estudio reivindica la memoria, justicia y reparación para los ofendidos y humillados por las brutalidades y violaciones cometidas por el Estado chileno a partir del golpe de Pinochet en septiembre de 1973, al tiempo que denuncia la impunidad de los victimarios que practicaron la represión y tortura. Con el empleo de la estrategia de “historia de vida” y el enfoque microhistórico, y desde la perspectiva histórica, el volumen del doctor Goicovic describe y relata el proceso judicial seguido en Chile contra el español Antonio Ramón Ramón, acusado de atentar, en diciembre de 1914, contra el general Roberto Silva Renard, responsable directo de la matanza obrera en la Escuela “Domingo Santa María” de Iquique (1907). Para el autor, en este acto de venganza se vindicó no solamente al hermanastro de Antonio Ramón, caído en Iquique, sino a los 2.500 trabajadores chilenos, bolivianos, peruanos y europeos cuyas vidas fueron segadas por el ejército chileno que, como tantas otras veces, y como también ocurriera a raíz del golpe militar de 1973, disfrutó de una inexplicable e incomprensible impunidad, y que para los familiares de las víctimas se tradujo, en el caso de Ramón Ramón, en vindicta personal.

Trasladando el ejemplo de lo acontecido en 1914 a la historia actual,

Igor Goicovic, que sigue denunciando que tres generaciones de chilenos esperan y reclaman la necesidad de avanzar en el esclarecimiento de las circunstancias que rodearon la práctica de la tortura y el asesinato bajo el régimen pinochetista, plantea una inquietante pregunta referida a esos miles de chilenos que siguen esperando justicia: «¿Quién les podría cuestionar, que reaccionaran tal cual lo hizo, ante un evento similar, Antonio Ramón Ramón, en 1914?» (p. 26). Alzar la venganza política y personal como contradiscurso frente a la impunidad, como ejemplifica la acción vindicativa desplegada contra el responsable de la Matanza de la Escuela de “Domingo Santa María” de Iquique implica, a juicio de Goicovic, reflexionar, desde una perspectiva histórica, sobre la diáda epistemológica más significativa del siglo XX, impunidad y castigo, pero también realizar un ejercicio de justicia histórica frente a los que secuestran la memoria intentando camuflar la realidad, máxime cuando es el Estado el agente de la injusticia, como ya planteara el autor en otras recientes publicaciones (*Consideraciones teóricas sobre la violencia social en Chile (1850-1930)*, 2004, o *La implacable persistencia de la memoria. Reflexiones en torno al Informe de la Comisión de Prisión Política y Tortura*, 2005).

De ahí, también, la exigencia planteada en el texto del «rescate de los sujetos» (ofensores y ofendidos), de todos los actores, pero fundamentalmente de las víctimas de la represión, y no desde un punto de vista cuantitativo, sino desde la historia social de base humanista (p. 22) que otorga rostro, identidad y sentimientos a los cuerpos lacerados y las mentes horrorizadas. En un ejercicio historiográfico contra el olvido y la desmemoria de la «conducta cómplice del Estado» (p. 84), el autor

recoge el testigo de la exigencia popular registrada en el *Pregón* de la *Cantata de la Escuela de Santa María de Iquique*: «Señoras y señores venimos a contar aquello que la historia no quiere recordar [...] por más que el tiempo pase no hay nunca que olvidar», y en su *Canción Final*: «No basta solo el recuerdo, ya no basta con llorar, no es tiempo de lamentarse cuando es tiempo de luchar».

Y es que, como es sabido, hay muchas formas de lucha, y una de ellas, desde el plano intelectual, como se refleja *Entre el dolor y la ira*, es la denuncia comprometida de los “déficit” historiográficos que reclaman el riguroso análisis de la historia de la violencia, una historia de las relaciones entre el poder, la sociedad y los sujetos a través de la mediación del derecho, como norma y práctica. El «Proceso contra Antonio Ramón Ramón, por heridas graves al general Roberto Silva Renard» —depositado en el Archivo Nacional de Santiago de Chile—, que se inicia contra el acusado el 14 de diciembre de 1914 y que se ultima el 19 de noviembre de 1917 con el fallo de la condena a 5 años de prisión por el delito de lesiones graves contra el general, “verdugo de Iquique”, es la fuente documental que ha permitido la elaboración de este enconmiante trabajo de investigación. Analizada con extrema rigurosidad, y puesta su interdisciplinar interpretación a debate con las teorías que sobre la violencia y la criminalidad proporcionan la perspectiva bibliográfica sociológica, jurídica y psicosocial, esta rica fuente documental permite al historiador chileno la reconstrucción de la «Ofensa y Revancha» en el Capítulo I; el retrato de «Los Rostros de la Ira» (El Verdugo;

El Vindicator) en el Capítulo II; el pormenorizado estudio del «Proceso y Castigo» en el Capítulo III (que no estuvo exento de debate político en la época), para finalizar, en el Capítulo IV y último, a modo de conclusión, en una magistral síntesis teórica-empírica sobre «La Impunidad y la Venganza».

Escrito con una perceptible carga de emoción no exenta de objetividad histórica, el libro de Goicovic se remonta a los luctuosos y criminales sucesos de Iquique el 21 de diciembre de 1907, donde pierde la vida el hermanastro del protagonista, Antonio Ramón, y a sus orígenes españoles en Molvizar (Granada), tierra de «hambre y miseria» que explica, en parte, las causas de los movimientos migratorios de tantos españoles a tierras americanas, como fue el caso de estos dos hermanos. La estructura social y económica de la España y la Granada de la época, perfectamente caracterizadas y contrastadas con la visita de campo que el autor efectuó a Molvizar en febrero de 1999, se continúa con el análisis de las condiciones de vida materiales de la vida de los emigrantes en América y, más concretamente, con la trayectoria vital del sujeto trabajador, ajeno a las luchas sociales y políticas del momento —incluso asequible y sumiso ante los requerimientos patronales— que es Antonio Ramón.

Pero, ¿qué fue entonces lo que cambió en Antonio Ramón para que, en un momento de su vida, decidiese alzar una daga con la intención de ejecutar al responsable de una de las matanzas obreras más brutales del siglo XX en Chile? Quizás la visión, en una calle de Santiago, del ejecutor de este crimen, del general Roberto Silva Renard quien, siete años más tarde, una mañana del 14 de diciembre de 1914,

«caminaba con aquella tranquilidad que los años de impunidad le otorgan a los asesinos que han internalizado [*sic*] con claridad las señales públicas del olvido. Aquella tranquilidad de que se hacen depositarios aquellos que no sólo no tienen conciencia de sus crímenes, sino que, por el contrario, levantan la cabeza para ufanarse de la metódica crueldad del deber cumplido» (p. 30).

Respondiendo la acción vindicativa, el magnicidio de Ramón, a una conjunción de factores de mayor complejidad, como demuestra el autor a lo largo del texto, se descubre también la conexión entre violencia estructural y violencia directa, «la relación que se construye entre la muerte violenta de un ser querido y la incubación de un deseo primario de justicia» (p. 84), el paso del dolor a la ira, de la impotencia a la venganza cuando la impunidad de la represión estatal se personaliza en una de sus figuras más criminales. Pero, paradójicamente, mientras que Antonio Ramón será para los trabajadores chilenos el instrumento ejecutor de la «justicia que había venido de la propia clase obrera», será satanizado por la prensa burguesa que asimiló su acción *criminal* a los atentados anarquistas de la época.

La politización de la agresión contra el «Verdugo de Iquique», la problemática tipificación del delito cometido por Ramón (dadas sus ESPECIALES condiciones psíquicas y los antecedentes mentales familiares), las presiones del ejército sobre los tribunales de justicia, la demostrada “ejemplaridad” que jueces y fiscales pretendieron con la condena de Antonio



Ramón Ramón, así como la impunidad del capitán del ejército que detuvo al reo y le produjo lesiones y agresiones en el proceso de detención una vez éste desarmado e inerme —que tan fuertes analogías mantiene con fenómenos contemporáneos—, son ejemplos de la riqueza temática y argumental que caracterizan el libro de Igor Goicovic, centrado en el personaje rescatado para la historiografía y la historia popular de Chile que es Antonio Ramón Ramón, «vengador anónimo, furibundo ejecutor de un implícito mandato colectivo» (p. 74), libro donde pasado y presente se dan la mano con especial maestría.

**Carmen González Martínez**

**RANZATO, Gabriele, *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini (1931-1939)*, Torino, Bollati Boringhieri, 2004, 692 pp., ISBN 88-3391-525-5**

Abordar desde una perspectiva amplia la República y la Guerra Civil españolas en su conjunto, como hace Ranzato, atendiendo a sus dimensiones política, militar, religiosa, internacional, etc., supone sin duda un reto harto difícil y repleto de eventuales peligros para el que se requiere una buena dosis de valentía. Máxime cuando ese periodo sigue siendo hoy mismo todavía —y cada vez más en los últimos años— objeto de incontables polémicas que desbordan el marco historiográfico y alcanzan todo tipo de prácticas y ámbitos públicos, culturales e incluso políticos; cuando la década de los treinta españoles constituye un territorio histórico laberíntico y la bibliografía que genera no deja de aumentar; y cuando entre esa ingente

literatura histórica no faltan los títulos generales e incluso manuales, la mayor parte de los cuales, además, han arrojado poca luz sobre esos años y apenas han hecho sombra a los grandes estudios pioneros elaborados durante los años sesenta (cuya estela ha determinado la historiografía posterior durante décadas).

Muchos son los puntos de interés en el trabajo de Ranzato, como la indudable amplitud de miras del esfuerzo acometido; el papel nuclear y fundamental atribuido en el texto a la tenue democracia de los estados y clases políticas de Gran Bretaña y Francia en la derrota de la República; la acertada posición guardada por el autor respecto de lo que en esta misma revista se ha denominado «revisiónismo a la española»; o, ligado a eso mismo, la indagación profunda y valiente sobre una dimensión definitiva y a menudo soslayada cual es la de los “límites” e “inmadurez” de las supuestas fuerzas de la democracia hispana; es decir, de sus dirigentes, partidos y «culturas políticas» (p. 206). Ahora bien, el mayor logro del volumen está con toda probabilidad, como compendio histórico sobre los años 1931-1939 que es, en el considerable éxito que alcanza en tanto que tal síntesis. Y semejante tarea, evidentemente, está lejos de ser sencilla.

El *leitmotiv* último de este libro es, por tanto, el de «*essere una nuova sintesi sul tema della guerra civile spagnola*» (p. ix). Y una nueva y lograda síntesis es, en efecto, sobre la guerra, y también sobre la Segunda República. Pero una síntesis, además, en el mejor sentido del término; el de un trabajo vasto, concienzudo y alejado de los textos apresurados que los fastos con-

memorativos y las apuestas editoriales han suscitado, por ejemplo, con motivo del cincuentenario o del sexagésimo aniversario de la contienda civil. Por supuesto, añade a esos y a otros notables precedentes, como los trabajos clásicos de la década de los sesenta, una serie de cuestiones. Se agrega una abundante bibliografía reciente. Se suma una mayor contextualización europea, y una más profunda atención a la dimensión internacional del conflicto bélico, que no sólo es abordada como marco general y más o menos “externo”, sino como elemento central para comprender tanto el resultado de la guerra como los aspectos “internos” de la evolución política en ambas zonas. Y se incorpora una “*domanda-guida*” que, resulte o no la más adecuada según cada lector, tiene la virtud de orientar la narración y el enorme cúmulo de información manejada: la pregunta que se podría resumir en cómo y por qué se diluyó la democracia en los años treinta, y si no tuvieron acaso en ello mucho que ver los límites e «*immaturità democratica*» (p. 421) de quienes en principio deberían haberla sustentado, dentro y fuera de España.

Ahora bien, en la obra cabe encontrar asimismo, si no sombras, sí al menos, determinados claroscuros. Algo que no deja de resultar en cierto modo lógico en una obra de este calado y ambición. Para empezar, es motivo de discusión el concepto de “democracia” que sustenta la arquitectura del trabajo. En efecto, se trata de un concepto un tanto “idealtípico” que, por un lado, ontologiza en cierto modo ese supuesto protagonista que es la “democracia”. Por otro, sublima la faceta “liberal” y formal de la misma, obviando que era por entonces todavía una forma política en construcción y sin nítidos perfiles. Y en todo caso, conlleva el riesgo de deshis-

torizar esa noción a partir de un criterio normativo posterior que podría no tener suficientemente en consideración los actores, ideologías y prácticas políticas que la sustentaban – y combatían– en aquellos dramáticos años de entreguerras. En segundo lugar, también es motivo de debate el hecho que la focalización sobre el devenir de la “democracia” española de los años treinta implique un cuadro general en el que los “límites” de la misma ocupan un mayor espacio que sus “enemigos”. Con toda seguridad, el autor estaría de acuerdo en que la mayor parte de la responsabilidad en el “eclipse” de esa democracia procede de sus enemigos situados a la derecha del espectro político durante la República y de las fuerzas sublevadas y sus apoyos internacionales durante la contienda civil. Sin embargo, aquí se conforma un texto en el que la ambición de síntesis queda en última instancia un tanto desequilibrada a favor de una cierta disolución de las fuerzas conservadoras y reaccionarias, y por tanto de su responsabilidad. Y esto es así hasta el punto de que podría afirmarse en cierta medida, a partir de buena parte de sus capítulos y epígrafes, que el libro es sobre todo una historia de los grupos y régimen republicanos entre 1931 y la derrota definitiva en 1939.

No obstante, la mayor parte de los puntos que merecen comentario proceden del mismo parentesco con las grandes síntesis pasadas al que se hacía antes referencia. Dicho de otro modo, el de Ranzato atesoraría tanto lo mejor como parte de las debilidades –acaso inherentes– de ese tipo de trabajos generales. Como es lógico, y tal vez inevitable en un texto de estas características, cabrá encontrar ciertas

cuestiones y dimensiones que brillan por su ausencia o que apenas ocupan espacio en el relato. Es lo que sucede con algunos aspectos concretos, como por ejemplo las prácticas y políticas represivas durante la guerra civil, una cuestión sobre la que se echa en falta un mayor detenimiento y profundidad, sobre todo porque el propio Ranzato le ha dedicado en el pasado páginas polémicas, sugerentes y de indudable carga analítica; la “Justicia Popular” o tribunales populares, un tema en cierto modo complementario del anterior y que habría podido mostrar los logros y límites de la procelosa tarea “normalizadora” e incluso “democratizadora” del Estado republicano (ya desde verano de 1936) en un terreno tan capital como la administración de la violencia y la justicia; la desarticulación y articulación de los poderes locales durante la guerra, la perspectiva de género; o por último, la memoria y usos públicos de la República y la guerra durante la dictadura de Franco, la Transición y la actual democracia, que es otra cuestión que ha merecido la atención del autor en otros escritos y que es hoy en España motivo de permanente debate y polémica.

Carencias se podrán hallar también, como no podía ser de otro modo, en el apartado de fuentes. En primer lugar, y en este caso distanciándose un tanto de otras síntesis previas, el estudio no sólo se basa fundamentalmente en fuentes secundarias –algo insoslayable en un título de estas características–, sino que lleva a cabo además un uso de las fuentes documentales y hemerográficas considerablemente menor que los clásicos de Thomas, Jackson, Fraser o que las más recientes obras generales de B. Boloten, P. Preston o H. Graham. En segundo término, y pese al considerable volumen bibliográfico maneja-

do, cabe detectar una menor de lo deseable integración en el relato de la ingente historiografía local española sobre esos años. Una mayor atención a la lente local habría solventado algunos errores puntuales, habría impedido tal vez reproducir datos y argumentos hoy cuestionados, como los aportados respecto de la violencia política en los meses del Frente Popular. Y por último, lo que es acaso más importante, habría proporcionado una panorámica más rica y polifónica y más cercana a la realidad de cómo se vivieron esos años más allá del Parlamento, las sedes ministeriales y las oficinas de lo más granado de la vida política.

Junto a los grandes protagonistas, eventos y programas políticos, el texto reserva una atención menor para las ópticas alternativas o –el gran reto pendiente– complementarias. De este modo, lo social y lo cultural en un sentido amplio, o los enfoques intermedios de la historia social y cultural de lo político, que son los que más han renovado la historiografía de los últimos años, apenas ocupan espacio en el relato. Y tampoco, por ende, sus principales objetos de estudio, como los actores colectivos, los militantes y combatientes de a pie, los individuos anónimos o “zona gris” de la sociedad, sus representaciones e identidades colectivas, la vida cotidiana. En su lugar, como sucediera también en los clásicos textos de los años sesenta, quienes acaparan todos los focos son los grandes nombres de la política nacional. Valga como mero botón de muestra que Franco aparece nombrado en 200 de las menos de 700 páginas de texto del libro, Azaña en 175 y tanto Largo Caballero como Prieto en casi un centenar. Pero a esa

abrumadora presencia y protagonismo se une, lo que sería más importante, una cierta sobrevaloración del papel y relevancia de tales personajes. Dicho de otro modo, esos dirigentes, grandes nombres y elites políticas actuaban también, tal vez sobre todo, en respuesta y adaptación a las presiones, comportamientos, protestas, expectativas y representaciones de los actores colectivos aquí soslayados; en respuesta a las diversas y contradictorias demandas de la población de la que todos los actores políticos nutren su legitimidad política y con cuyas actitudes no pueden mantener —ni entonces ni hoy— una mera relación de *diktat*, imposición o manipulación sino más bien de complejo diálogo dialéctico, intercambio y *feed-back*. Un diálogo que representa uno de los mayores retos epistemológicos a los que se enfrenta el historiador. Y que, como ocurre con otros de los aspectos aquí apuntados, tal vez no pueda exigirse sean experimentados en trabajos con un enfoque tan general y ambicioso como esta magna historia de la República y la Guerra Civil que nos aporta Ranzato. Una historia general, en suma, que se cuenta sin duda entre las mejores de los últimos lustros y que, más allá del público italiano al que inicialmente va dirigida, reviste un notable interés para todo lector interesado en ese periodo; máxime si se compara con otros títulos recientes —Beevor, Bennassar— con los que en teoría se disputa la presencia en librerías y bibliotecas.

**José Luis Ledesma.**

**ORTUÑO ANAYA, Pilar, *Los socialistas europeos y la transición española (1959-1977)*, Madrid, Marcial Pons, 2005, 288 pp., ISBN 84-9537-988-0.**

El libro de Pilar Ortuño es la traducción al español de su tesis doctoral —publicada bajo el título *European socialists and Spain. The Transition to Democracy, 1959-1977* (2002)— sobre la influencia Internacional en la reconstrucción del PSOE y su conversión en la fuerza hegemónica de la izquierda española durante la transición y la democracia. Como explica la directora de la tesis —la historiadora e hispanista de la Universidad de Oxford, Frances Lannon— el libro de Pilar Ortuño pone de manifiesto por primera vez el papel que tuvieron desde el exterior de España organizaciones políticas y sindicales y personas concretas de las mismas en el trabajo interno y en la lucha antifranquista de los socialistas españoles durante el proceso de la transición a la democracia. Un exhaustivo trabajo de archivo en varios países europeos y una serie de entrevistas a algunos de los principales protagonistas españoles y extranjeros confirman la solvencia del estudio de la autora.

En efecto, Pilar Ortuño, que se ha beneficiado de la estancia en el St. Antony's College de Oxford y en el Cañada Blanch Centre de la London School of Economics, y de las sugerencias y consejos de la propia Frances Lannon y de Tom Buchanan, Charles Powell, R. Gillespie y Paul Preston entre otros, demuestra en su obra lo que Felipe González reconocería como uno de los factores de la

aparición pública de los socialistas en el interior de España: el apoyo exterior del socialismo europeo.

La autora analiza en profundidad las relaciones con la UGT y el PSOE de la Internacional Socialista, la CIOSL, el Partido Laborista y la Confederación de Sindicatos Británicos, el Partido Socialista francés y el Partido Socialdemócrata alemán y la Confederación de Sindicatos alemanes. Demuestra en todos los casos la relevancia de sus apoyos para cubrir las necesidades financieras de la UGT y el PSOE en su labor de reorganización y de lucha en el interior de España, el apoyo moral a la lucha anti-franquista y a la singularización del socialismo y el ugetismo como fuerzas autónomas frente a otras fuerzas presentes en el interior de España —como otros partidos socialistas, el PCE y las CCOO—, la presión ejercida sobre el régimen de Franco y en especial en lo referente a dificultar sus aspiraciones de lograr reconocimiento internacional en materia laboral y de integración europea, la denuncia del carácter fascista del franquismo y de la persecución de los sindicatos democrático y el apoyo moral a los sindicalistas españoles en huelgas, juicios o detenciones.

Como señala Pilar Ortuño, el apoyo al PSOE renovado de Felipe González por las citadas organizaciones fue decisivo para abandonar al sector histórico de Llopi y definir la fuerza política que galvanizaría el disperso socialismo español de la clandestinidad y la futura democracia. Fue un proceso complejo en el que no faltaron llamadas a la unidad de los socialistas, ni ensayos de otras salidas como el apoyo a la ASO por el potente IG Metall alemán, al MSC o al PSI de Tierno Galván del laborismo o de Mitterand e incluso de los potentes sindicatos del transporte

británicos a las Comisiones Obreras.

Dada la necesidad de apoyos exteriores del franquismo para sus proyectos de homologación europea, la connivencia de la Internacional Socialista y los partidos socialdemócratas con la oposición socialista española fue un factor activo que contribuyó a debilitarlo y aliviar la presión sobre los opositores al régimen. Aunque en ocasiones las propuestas del PSOE fuesen ineficaces y la visita de sindicalistas o miembros de gobiernos socialdemócratas fuese capitalizada por el régimen, en otras ocasiones sirvieron para denunciar la persecución de las libertades en España, atender a los presos o procesados y tomar contacto directo con los medios antifranquistas y darles ánimos y cobertura internacional

Algunas propuestas, sin embargo, pecaron de ingenuidad, como la del PSOE en el exterior al laborismo de boicotear la venida del turismo británico en los años sesenta, que precisamente estaba provocando el cambio mental y social en el país de destino. La denuncia antidemocrática del franquismo del socialismo europeo contribuyó a dificultar la entrada de España en la CEE.

La autora demuestra que si el Partido Laborista o el Partido Socialista Francés contribuyeron con sus decisiones a la elección de los renovadores del PSOE encabezados por Felipe González para pilotar el socialismo español en la Transición después de Suresnes, la intervención del apoyo económico, moral e institucional del SPD y concretamente de Willy Brandt, Hans Matthofer y Walter Konecki lo fue aun de forma más determinante. El reconocimiento del PSOE renovado —una opción que

aparecía como la más fuerte y la más adecuada para neutralizar la posible hegemonía del PCE— por la Internacional Socialista supuso un paso definitivo para eliminar la competencia de las restantes fuerzas de cara al proceso de la Transición española.

La obra de Pilar Ortuño es pues un trabajo fundamental en la historia de la Transición y en la del papel de los socialistas europeos en la misma, una llamada de atención para que la historiografía española tenga en cuenta el marco internacional, imprescindible para comprender adecuadamente el proceso histórico y escasamente atendido en nuestro país por la investigación.

**Fernando Arcas Cubero**

**ALBA, Susana; BABIANO, José, y FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana, *Miradas de emigrantes. Imágenes de la vida y cultura de la emigración española en Europa en el siglo XX*, Madrid, Centro de Documentación de la Emigración Española-Fundación 1º de Mayo, 160 pp., ISBN 84-87527-10-8**

La fotografía posee un poder evocador que los historiadores hemos tardado largo tiempo en descubrir como herramienta para nuestro trabajo, ya sea a la hora de divulgar temas que buscan un público más amplio que el de los círculos académicos, como fuente rica en informaciones cuando encuentra los ojos que saben leerlas o como medio para potenciar los recuerdos de los informantes de la historia oral. En el caso que nos ocupa, las imágenes tienen la virtud de reconstruir las condiciones en

que se desenvuelve la vida de los emigrantes españoles en tiempos más recientes de lo que pudiera parecer. Un aspecto absolutamente relevante de nuestro pasado que es, sin embargo, mal conocido y seguramente también mal recordado.

El libro recoge una selección de 124 fotografías alusivas a la vida cotidiana, laboral, asociativa y reivindicativa de los emigrantes españoles en Europa. La mayor parte de las mismas se corresponden con la denominada migración económica de los años sesenta y setenta, que remitiría a partir de 1973 coincidiendo con la crisis económica que afectó a los países receptores de emigrantes. Agrupadas en cuatro epígrafes —El trabajo y la vivienda; Estrategias familiares, género y emigración; El asociacionismo y la cultura popular, y La movilización política y social—, las instantáneas van acompañadas de textos introductorios que de forma sintética contextualizan las imágenes.

Amén de contribuir a valorizar y hacer accesible al público un importante patrimonio gráfico fruto de años de investigación y compilación por parte de la Fundación 1º de Mayo, la acertada selección que aparece recogida en las páginas de este libro reafirma la importancia de la fotografía como fuente documental de primer orden para el investigador, que de esta manera tiene acceso a una información difícilmente constatable en otro tipo de documentación. Tal sería el caso de las imágenes que recogen momentos de recreo, posados de trabajadores a la salida de los centros de trabajo o instantáneas de las viviendas donde eran alojados. La utilización de fotografías permite, además, que la consulta del libro lle-

gue a un público menos especializado que en gran medida, y dada la importancia del fenómeno migratorio en España, puede sentirse identificado con las imágenes reproducidas y encontrar rigor y accesibilidad. Los textos que acompañan a cada capítulo, breves y sin gran profusión de datos, también contribuyen a hacer más asequible la lectura.

Quizás lo más interesante reside en la ruptura de tópicos que tradicionalmente han acompañado a la imagen de los emigrantes. En ese sentido, resulta revelador el contraste en el papel de la mujer, relegada a un segundo plano y sometida a los dictámenes de padres o maridos en España, frente a la imagen de trabajadora y, hasta cierto punto, más desinhibida de condicionantes morales o éticos en el extranjero, como queda plasmado en alguna de las fotografías. Como lo es también el capítulo que dedicado a la movilización social y política, en el que se acredita la existencia entre la emigración económica de una actividad política que se suele ignorar. Se recogen en el libro instantáneas de manifestaciones en demanda de libertades en España, mejoras de las condiciones de trabajo o reivindicaciones en defensa de su propia identidad cultural que rompen con la idea preestablecida de la anomia social que caracterizaba a los emigrantes. Ello, no obstante, no anula la realidad de unos puestos de trabajo escasamente cualificados, unas menores prestaciones salariales que los autóctonos y la realidad de un acceso a la vivienda que en muchas ocasiones no cumplía los mínimos de higiene y salubridad y de los que las fotografías dan cumplido testimonio.

El capítulo dedicado al asociacionismo y la cultura popular recoge instantáneas de eventos y actividades que, en los centros y asociaciones, permitían a los emigrantes socializar en lengua

materna y preservar su identidad manteniendo lazos culturales y simbólicos con España. Las fotografías recogen instantáneas de bailes, actividades culturales o celebraciones religiosas. Estos puntos de encuentro, donde la presencia en algunos de ellos de militantes antifranquistas convertía las actividades en acciones reivindicativas plasmadas en algunas imágenes, eran en ocasiones los únicos espacios de socialización, fuera del ámbito familiar, donde los emigrantes confraternizaban en su lengua materna, aunque por otro lado de algún modo consolidaban el aislamiento reinante respecto a otras minorías o a la población autóctona.

Es quizás, y al socaire de este último apartado que comentamos, donde la ausencia de fotografías de emigrantes españoles confraternizando con otros colectivos o plenamente integrados en el país de acogida, se echa en falta. Bien es cierto que buena parte de los mismos mantuvieron siempre el deseo de un pronto retorno a España no bien sus expectativas económicas resultaran cubiertas, pero no lo es menos que muchos de ellos hubieron de alargar su estancia en estos países durante años o que incluso se asentaron allí definitivamente, y el mantenimiento de centros, aún con objetivos diferentes a los planteados en origen como lugares de encuentro, no podían por menos que mermar la capacidad de integración en los diferentes países.

El libro no deja, en fin, de invitar a la reflexión. España se ha convertido no ya en un país exportador de mano de obra barata y escasamente cualificada sino, por el contrario, en receptora de una intensa corriente de inmigración. Diariamente

los informativos muestran imágenes de los esfuerzos de hombres, mujeres y niños africanos por llegar a nuestro país en busca de mejores condiciones, en busca de una oportunidad. Aunque menos visibles que las pateras, los flujos de americanos, europeos orientales y asiáticos resultan también intensos. Desde el Centro de Documentación de la Emigración Española de la Fundación 1º de Mayo se viene desarrollando una labor de estudio tan rigurosa como necesaria que prueba la fragilidad de nuestra memoria y las notorias similitudes que pueden ser establecidas entre nuestro pasado reciente como trasterrados en busca de una vida más digna y el de quienes ahora buscan en nuestra tierra su futuro. Quizás para muchos de los contrarios a la regularización de mano de obra extranjera y a que sean acogidos como parte de la sociedad española, la observación de estas fotografías, de hace apenas cuarenta años, refresque la memoria, porque quien más quien menos ha tenido algún familiar ganándose el pan en un país extranjero.

**Irene Díaz Martínez**

**SEOANE, María Cruz y SUEIRO, Susana, *Una historia de El País y del Grupo Prisa. De una aventura incierta a una gran industria cultural*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, 703 pp., ISBN 84-01-37894-X.**

Hay que celebrar esta nueva obra de María Cruz Seoane, una de las pioneras de la historia del periodismo en nuestro país y coautora de la fundamental *Historia del Periodismo en España*, acompañada ahora por su hija, Susana

Sueiro, profesora titular de Historia Contemporánea en la UNED. Este libro viene a completar una rica cosecha de estudios sobre la prensa durante el franquismo y la transición a la democracia, con la aparición en los últimos años de numerosas monografías sobre periódicos concretos (del *Madrid* y varios diarios regionales a revistas como *Triunfo*, *Índice*, *Destino*, *Cuadernos para el Diálogo*), o bien de conjunto (las de J. Montabes Pereira sobre la prensa del Movimiento, I. Renaudet o I. Fontes y M. A. Menéndez sobre las revistas críticas, C. Barrera o E. Chuliá sobre el panorama de la información, la opinión pública y sus repercusiones políticas). Y lo hace con un detallado trabajo sobre el periódico de referencia para la transición y consolidación de la democracia, *El País*, un objeto historiográfico cuya importancia creo que no es necesario remarcar aquí.

El libro se abre con las difíciles gestiones para la autorización del diario, que se prolongaron desde 1971 hasta 1976, las características del proyecto y la personalidad de sus promotores, en particular Areilza y Fraga Iribarne. La ambigua posición de los dos, pero especialmente del segundo, ante el horizonte que se abría con la enfermedad de Franco no puede representar de manera más ejemplar el carácter de ese “tiempo de incertidumbre” donde los actores políticos más activos empezaban a tomar posiciones ante la crisis del franquismo, sin renunciar a esa indefinición – “neotacitismo” la llamó Marichal– característica del periodo final de la dictadura. Igual que la evolución del periódico de la mano de su joven director, Juan Luis Cebrián, y sus no menos jóvenes redactores (con una



media de edad de veintinueve años, p. 60) es casi un símbolo de la transición, de su ruptura más cultural que política, no sólo respecto al franquismo sino incluso a la cultura política de la oposición antifranquista.

De manera que el periódico pronto acabó combinando la gran pluralidad ideológica de sus colaboraciones externas (fueron muy pocas las columnas fijas) con una línea editorial pragmática, coherente y liberal, muy destacada dentro del conjunto, en la línea de los grandes diarios liberales de referencia que constituyen los “parlamentos papel” en las democracias occidentales. Y combinando, además, ese “centrismo” editorial y ese cierto desequilibrio ideológico de sus opinionistas habituales de los primeros años, a menudo más escorados hacia la derecha, con el progresismo sociológico y cultural de otras secciones, donde el lenguaje de los jóvenes redactores, de Umbral, Savater o Maruja Torres provocó desde el principio el rechazo de gran parte de sus fundadores.

Si estos últimos, con Ortega Spottorno y Julián Marías a la cabeza, habían querido retomar el espíritu de las grandes empresas periodísticas orteguianas, al final también ellos acabarían proclamando un “No es esto, no es esto” ante el descaro con que su periódico trataba muchos temas relevantes desde el punto de vista social, cultural y moral. Pero fracasaron en su intento de hacer valer el poder que la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 daba a la Junta de Fundadores para velar sobre la pureza de los principios ideológicos originales, frente a la autonomía que el diario había adquirido gracias al apoyo de Jesús de Polanco a Juan Luis Cebrián. Las páginas sobre el tratamiento dado a los temas religiosos y la Iglesia católica

son esclarecedoras en ese sentido y, más allá, de la rápida secularización de la sociedad española; el periódico estuvo incluso cerca de patrocinar indirectamente una alternativa política radical, a semejanza de la italiana.

Al final, las afinidades electivas de El País estarían con el PSOE, apoyándole en su dura campaña de desgaste del gobierno de UCD a partir de 1979 (véanse, por ejemplo, los duros juicios de J. Pradera en p. 152 y ss.), algo que contrastaba con su actitud moderada y posibilista ante las iniciativas del rey y del presidente Suárez pese a su apuesta inicial por Areilza durante los primeros años de la transición. Eso sí, no cejó en su firme defensa de las libertades frente a la violencia, lo que pagó caro con un atentado mortal el mismo día que se aprobaba la Constitución en las Cortes, el 30 de octubre de 1978, y demostró una vez más con su valiente comportamiento la noche del 23-F de 1981.

La llegada al poder de los socialistas en 1982, acompañada de la victoria final tándem Juan Luis Cebrián-Jesús de Polanco dentro de PRISA, supuso, sin embargo, una especie de pérdida de la “virginidad” que había hecho del periódico una referencia indiscutible para buena parte de la sociedad española (el perfil del lector era joven, de clase media o alta, con estudios y progresista moderado) y que le había situado en la primera posición de la prensa nacional en cuanto a difusión, con 296.000 ejemplares de media en 1982 (p. 265). Como señalan las autoras, el diario tuvo dificultades en encontrar su sitio entre la función de vigilancia del ejecutivo —pues, aunque nunca apostó por el periodismo de investigación, sin

duda anduvo a remolque en la denuncia de casos como el GAL realizada desde otros medios, en particular El Mundo y ABC— y la instrumentalización política que éstos hicieron en su estrategia de desgaste contra el gobierno socialista. Muchos lectores lamentaron el cambio de lenguaje al Defensor del Lector, y lo harán aún más cuando El País baje al ruedo ibérico en defensa del gran imperio mediático en que se había convertido el Grupo PRISA durante la dura guerra desencadenada por esos mismos medios, esta vez con el descarado apoyo del gobierno del PP formado tras las elecciones de 1996.

La guerra mediática, digital y deportiva —no por sus formas precisamente, sino por los derechos del fútbol— da una trama apasionante para la última parte del libro, y pone de manifiesto una vez más la importancia clave que han adquirido los medios de comunicación en las democracias contemporáneas (ver al respecto Homo videns del premiado G. Sartori). Una guerra sucia que sigue todavía en curso, como podemos comprobar cada día, y que no ha dejado de salpicar a las propias autoras del libro. En cuanto a éste, se echa de menos el uso de información externa a las propias páginas escritas o las fuentes internas del diario y, sobre todo, no se entiende que una obra que parece haber renunciado a la interpretación —en la línea marcada por G. Imbert y J. Vidal Beneyto con su referencia dominante, o en cualquier otra— implícita y quizás justificadamente para abrirse a un público más amplio, se alargue de manera innecesaria en un análisis prolijo y poco relevante de algunos contenidos —no de otros, como el influyente Babelia— y en la narración de ciertas vicisitudes que en la distancia parecen hoy bastante coyunturales. Un lastre para un libro que, pese a todo,

consigue elevar el vuelo sobre otros estudios de historia del periodismo por la agilidad de su lenguaje, su amplia documentación y el innegable interés de sus contenidos.

**Javier Muñoz Soro**

**GONZÁLEZ MADRID, Damián-Alberto, *La Falange manchega, 1939-1945*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2004, 381 pp., ISBN 84-7789-204-0.**

Riguroso y exhaustivo análisis sobre la trayectoria histórica de Falange en la provincia de Ciudad Real durante la “etapa azul” del primer franquismo (1939-1945), la más fascista del régimen, este libro supera las estrictas fronteras historiográficas regionales para convertirse en un referente en el estudio sobre la implantación de la dictadura. Su autor figura entre los más destacados jóvenes investigadores del franquismo, con una continuada y consolidada trayectoria investigadora que, como ejemplifica en esta monografía —que sorprende sobremanera, ya que fue su primera investigación académica—, demuestra su diestra capacidad para la movilización de múltiples fuentes y planteamientos teóricos y bibliográficos, sin descuidar el estado de la cuestión y las amplias perspectivas analíticas que descubre para futuras investigaciones. Es, además, una investigación que supera con creces el «modesto ejercicio de recuperación de la memoria histórica» (p. 16), y un libro necesario, no sólo por lo que en él se aborda y por los reclamos de las

historias del espacio geográfico ciudadrealeno que denuncia quedan aún por escribir, sino también por proporcionar una nutrida y bien seleccionada bibliografía de cada una de las problemáticas que en él se presentan sobre el tema y periodo histórico estudiado.

Las principales contribuciones historiográficas de carácter monográfico sobre FET y de las JONS han prestado su atención al devenir cronológico-histórico de Falange en función de la política permitida por Franco, a su estructura organizativa, a su papel en la configuración institucional de la dictadura, a su ámbito competencial en la movilización y socialización en valores franquistas de la juventud española, así como a la instrumentalización y servicios de Falange en la imposición de los presupuestos ideológicos y represivos franquistas. La novedad del texto de González Madrid radica en la elección de la perspectiva analítica de la FET desde la historia política para “descender” a la historia social preocupada por la realidad cotidiana de los hombres y mujeres de La Mancha, cotidianidad marcada, entre otros factores, por el hambre, la miseria y las enfermedades, las crisis de abastecimiento y de trabajo; una ciudadanía que, además, no duda en mostrar su pasividad y apatía ante los postulados teóricos de un falangismo prácticamente inexistente antes de 1939 en Ciudad Real, provincia de retaguardia republicana.

Precisamente esta inexistencia anterior de Falange, en tesis del autor, será la que justifique las pugnas por su control posterior y los constantes enfrentamientos y conflictos entre grupos y personas (p. 33). Y si bien la caracterización de la Falange manchega y su evolución en el periodo que transcurre de 1939 a 1945 confirman esta inter-

pretación, también las pugnas por el control de Falange y de los puestos políticos locales y provinciales responden a las especiales circunstancias que rodearon el nacimiento de FET, a su configuración como “partido aluvión” maniatado por el Estado al que acudieron como militantes no solamente los antiguos “camisas viejas” y nuevos convencidos del ideario falangista, sino también multitud de advenedizos y arribistas que, con afán de medrar, pugnarón en el reparto de los espacios del poder político. Si a estas especiales circunstancias unimos la existencia externa, y alternativa a Falange, de personalidades y grupos provenientes del antiguo poder político y económico provincial —calificados y tachados en los informes falangistas de «caciques», de «mismos perros con diferentes collares», de «vividores de la política», de «politicastros del viejo estilo»— que también buscaron y alcanzaron puestos de gestión política, es fácil adivinar el sentimiento de frustración que rodeó la existencia de la Falange manchega, en la larga posguerra, cuando estaba convencida de que era la única y legítima depositaria del poder, al tiempo que la dualidad política provincial (jefe provincial del Movimiento y gobernador civil) y la falta de unificación de mandos en Ciudad Real, va a resolverse en perjuicio para la FET: el proceso de lucha revela su “trágica” existencia como un accesorio del poder efectivo controlado por el gobernador.

El enfrentamiento entre Falange y el Gobierno Civil de Ciudad Real —epígrafe correspondiente al segundo capítulo, uno de los mejor conseguidos del libro—, explica, en parte, las dificultades para organizar e encar-

dinar el partido en la sociedad civil manchega, proceso histórico que también se experimentó en otros espacios geográficos, como Murcia –también territorio de retaguardia republicana–, provincias que fueron de las últimas zonas en liberarse, muy «impregnadas del ambiente rojo» (explicitan las fuentes falangistas murcianas) pero también de las luchas internas del partido, especialmente las provocadas entre los mandos del personal jerárquico por la posesión de los cargos. Tal magnitud y virulencia adquirió esta lucha interna en el seno de Falange que, en el caso murciano, la guerra civil comienza con la toma de la capital por los “nacionales”: en octubre de 1939, un informe de Inspección de Falange en Murcia advertía que «es necesario de manera absoluta, terminar con la guerra civil que se terminó en los frentes hace siete meses, pero que en esta zona, a la que no llegó, ha comenzado precisamente en la misma fecha».

En uno y otro espacio geográfico, a las constataciones documentales de un partido fascitizado que por sí solo «no funciona» –«la Falange manchega se nos viene abajo. Así, sencillamente, sin paliativo posible», lamentaba el jefe provincial del Movimiento en Ciudad Real en junio de 1944– y que necesitaba hacerse con las plataformas tradicionales de ejercicio del poder (alcaldías, concejalías, Diputación y Gobierno Civil) para dotar de efectividad la vaciedad de su retórica e ideología, se unía su estrepitoso fracaso en el encuadramiento juvenil y su importante anquilosamiento en las tasas de afiliación y, muy especialmente, el rechazo, apatía, desidia, odios y recelos de una población atemorizada por la labor represiva de Falange –delaciones, encarcelamientos, ejecuciones, venganzas...–, que contribuyó, activa-

mente, a la «inversión inicial en terror realizada por el régimen» (p.72).

En este apartado de la investigación de González Madrid hubiese sido interesante comprobar – pese a no ser éste uno de los objetivos analíticos propuestos en el texto– el alcance de la labor depurativa y represiva de la Falange manchega, pues no hay que olvidar que, a través de los expedientes de información de la delegaciones locales de Falange, se procedía a la segregación social de los vecinos de las diferentes localidades entre afectos, indiferentes y des-afectos, con las subsiguientes consecuencias vitales. Por otro lado, y dadas las perentorias necesidades de la población, también la labor asistencial desarrollada por el partido en Ciudad Real fue «absolutamente insuficiente», como demuestran las fuentes documentales, analizadas críticamente y con rigor por González Madrid, y más que reprochable su responsabilidad en el estado de precariedad sanitaria en el que se encontraban sumidos los ciudadreales, «y a eso no se ponía ninguna solución, sólo palabras» (p. 114).

La desesperante realidad de la vida cotidiana, magistralmente abordada por el autor, donde la política “desde arriba” desciende al sustrato de la ciudadanía –atenazada por el hambre, la crisis de subsistencias, «la complicada e ineficiente burocracia franquista» en política de abastecimientos, que llegó a ser alarmante y dramática en Puertollano y su cuenca minera, donde la pobreza extrema conducía a la muerte por inanición– fue combatida por la dictadura, con la colaboración activa de Falange, no con una eficaz y realista política de solución de los problemas materiales,

sino con «asistencia moral y espiritual», procediendo a la “recatolización” de los manchegos. No obstante este intento, el malestar de la población ante estas duras condiciones de vida propició la exposición pública del descontento hacia el régimen y el florecimiento de múltiples testimonios de la disidencia política antifranquista, bien a través de actividades propagandísticas subversivas, bien mediante de la acción guerrillera.

Avanzando en la estructura temática del libro, el tercer capítulo, que se dedica al estudio del personal político del primer franquismo en Ciudad Real, supone, en su conjunto, una exhaustiva y meritoria contribución al conocimiento de los gestores de la política pública franquista que ya iniciaran en su día Jerez Mir, Viver Pi-Sunyer y, muy acertadamente, Sánchez Recio, quien en su última aportación al tema, *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, insiste en la imbricación de políticos franquistas y empresarios en redes de intereses que cobraron su cuota de poder político y beneficio económico mediante la colaboración en proyectos comunes puestos en marcha desde los organismos e instituciones franquistas.

Del mismo modo, pero con unos condicionantes y casuísticas muy concretas, González Madrid analiza la gestión de los poderes públicos en el nivel local del ámbito rural de la provincia de Ciudad Real, cómo se configura una clase política peculiar que da múltiples ejemplos de para qué podía servir detentar la alcaldía de una localidad durante el periodo analizado, «los beneficios que podían obtenerse de la misma y el ‘poder’ económico y social que podía llegar a adquirir en la localidad» (p. 249). Sin duda, este nuevo “personal político” franquista, sus dirigentes locales y pro-

vinciales, configuraron una nueva estructura de poder en La Mancha que no estuvo reñida ni con los intereses de las clases tradicionalmente dominantes ni con la restauración de su poder, por más que los nuevos gestores procedieran de clases diferentes a las poderosas y respondieran al ideario falangista de clase política joven y nueva, como concluye González Madrid (p. 270).

Destacar, finalmente, la inserción en el texto de 42 cuadros estadísticos y gráficos que propician multitud de referencias interpretativas trasladadas a un discurso historiográfico de escritura ágil y de estilo asequible pero riguroso, destinado a un público especialista y exigente, pero también al lector interesado en el conocimiento de su historia regional, así como las microbiografías y fichas personales de los políticos locales en los primeros años de la dictadura, que conforman un nutrido apéndice a través del cual se dibuja, claramente, el perfil de los gestores colaboracionistas con el régimen franquista.

**Carmen González Martínez**